SAN ANTONIO DE PADUA

ESCRITOS SELECTOS

Selección y traducción de
Fray Contardo Miglioranza, O.F.M.C.

Serie
Grandes Maestros
n.º 16

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7693-217-9
Depósito legal: M. 25.269-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

MAGISTERIO ESPIRITUAL DE SAN ANTONIO

San Antonio de Padua goza de gran devoción en el mundo entero. Su popularidad está respaldada por tres sobresalientes características: su santidad, su apostolado y su poder taumatúrgico.

Su predicación arrastraba a multitudes. Al iniciar algún curso de cuaresma o de adviento, la ciudad entera acudía a escucharlo. Los templos más espaciosos no daban abasto. El debía predicar en las plazas. De esa manera las ciudades del norte de Italia y del sur de Francia tuvieron la dicha de recibir su mensaje.

Algunos años antes de morir, solicitado por sus hermanos y algún cardenal amigo, comenzó a poner por escrito sus *Sermones*. Su fama de apóstol y el prestigio de sus escritos le levantaron el pedestal de «Doctor de la Iglesia».

La biografía de San Antonio, siquiera en sus rasgos principales, es conocida; pero sus escritos son casi totalmente desconocidos, de difícil acceso por el latín y también porque no están editados.

Nuestro esfuerzo tiende a acercar al lector a este abundante manantial de sabiduría y de gracia.

Rasgos biográficos

San Antonio nació en Lisboa (Portugal). No conocemos la fecha exacta de su nacimiento. Comúnmente se la coloca en el año 1195; sin embargo, tanto los historiadores como los anato-

mistas que en el año 1981 analizaron sus restos, anticipan de algunos años, hasta el 1188, la fecha de su nacimiento.

En la fuente bautismal le fue impuesto el nombre de Fernando, que él cambió en Antonio a su ingreso en la Orden franciscana. Antonio, en griego, significa *«flor nueva»*. A todas luces, por su influencia religiosa y social, Antonio fue una flor nueva, de gran belleza y fragancia. Sus padres, Martín de Alonso y María, eran de familia noble y acomodada. La casa en que nació se hallaba al lado de la catedral.

Frecuentó la escuela de la catedral, donde no sólo aprendió a leer, escribir y cuentas, sino que también avanzó hacia las ates liberales del trivio: gramática, retórica y dialéctica, y del cuadrivio: aritmética, música, geometría y astrología.

Toda la enseñanza se desarrollaba en latín, que Antonio llegó a dominar a la perfección, como llegó a dominar la cultura humanista de Roma y Grecia. Las muchas citas sobre planteos de flora y fauna señalan que a Antonio le gustaban también los cursos sobre ciencias naturales.

Mientras Antonio abrevaba su espíritu en contacto con la sabiduría humana y cristiana sucedían hechos de gran resonancia política y religiosa. Las batallas de Las Navas (1212) y de Alcázar de Sal (1217) liberaban a España y Portugal del dominio musulmán. En el año 1215 se realizó en Roma el Concilio Lateranense IV, cuyos dos fines precipuos eran la reforma de la Iglesia y la liberación del Santo Sepulcro.

La rozagante juventud de Antonio, adornada de tan hermosas prendas intelectuales y morales, le prometía una cosecha de laureles amorosos y profesionales. Pero, justamente cuando se le ofrecían en bandeja todos los atractivos mundanos, sintió en su interior el llamado de una entrega más plena y generosa al Señor.

Llamó a las puertas del monasterio agustiniano de San Vicente, en las afueras de Lisboa; pero, al verse asediado por las frecuentes visitas de familiares y amigos, pidió su traslado al monasterio de Santa Cruz de Coimbra, que era un prestigioso centro de espiritualidad y de cultura, a nivel universitario.

Allí Antonio se empapó con toda la cultura filosófica y teológica de la época; sobre todo, profundizó su espiritualidad

en el diario contacto con la Sagrada Escritura y con los Padres de la Iglesia. Allí también, hacia el año 1220, se recibió de sacerdote.

Acerca de su cultura bíblica, todos los testimonios la ensalzan. Con su poderosa inteligencia, Antonio podía desentrañar el sentido pleno del texto sagrado, con su memoria tenaz podía recordarlo, citando a la vez el libro y el capítulo, y con su capacidad de síntesis enlazarlo con muchos aspectos de la perfección cristiana. Era tan grande la admiración que los contemporáneos tenían del conocimiento y de la pasión bíblica de Antonio que solían decir que, si se perdieran todos los libros de la Sagrada Escritura, hubiera bastado la memoria del santo para reescribirlos.

Antonio esperaba encontrar en Coimbra un monasterio que fuera un nido de fraternidad, un oasis de paz y un estímulo para el apostolado; en cambio, se encontró en medio de situaciones muy turbulentas. Las intromisiones del rey, que gozaba del derecho de patronato, y una sarta de desórdenes y de indisciplinas crearon no pocas tensiones.

Parece que Antonio, tanto por su idiosincrasia personal como para atender a sus predilectos estudios, se mantuvo al margen de esas miserias humanas.

Bajo el sayal del Pobrecillo

En el año 1219 llegaron a Coimbra cinco hermanos franciscanos, con la intención de dirigirse a Marruecos como misioneros. Antonio, como hospedero, los acogió y desde los comienzos se sintió impactado por sus ejemplos de humildad y de pobreza. El 20 de enero de 1220 los cinco franciscanos sufrieron el martirio, y sus despojos fueron traidos, como reliquias, al monasterio de Santa Cruz, donde recibieron solemnes honores.

Los ideales misioneros y la sangre de esos cinco franciscanos fueron una llamada profunda o, mejor, una inspiración, para Antonio, cual, deseoso de imitarlos, solicitó permiso para pasar de los agustinos a los franciscanos.

Impulsado por su fuego interior, Antonio se embarcó para dirigirse a Marruecos, pero no logró ninguna de sus aspiraciones. Una grave dolencia –quizás, la malaria– lo clavó en el lecho. En ese trastorno Antonio vio una clara señal de Dios que no le quería en Africa. Se embarcó de nuevo para regresar a Portugal, pero una recia tempestad empujó el barco hacia las costas sicilianas. Era el mes de abril de 1221.

Desde allí, con otros hermanos, se encaminó hacia Asís, para participar del famoso *Capítulo de las Esteras* del año 1221. En Asís pudo ver, escuchar y admirar al fundador de la Orden, San Francisco; pero, por ser extranjero y por balbucir apenas el idioma italiano, nadie se preocupó por él ni le hizo caso.

Fray Gracián, Ministro Provincial de la Romaña, se lo llevó consigo y le asignó el eremitorio de Montepaolo. Allí Antonio celebraba la Misa para los hermanos, cumplía los humildes servicios de la casa y de la cocina y hacía penitencia.

Su gran lumbrera cultural y espiritual se puso de manifiesto en una ordenación sacerdotal. Se solía ofrecer a los ordenandos un fervorín exhortatorio; pero nadie estaba preparado. El superior mandó a Antonio que les dirigiera un mensaje de parabienes. A pesar de improvisar, en el discurso de Antonio resplandecieron su excepcional conocimiento de la Sagrada Escritura, su fervor y su admirable elocuencia.

Desde ese momento se inició su apostolado itinerante, según la nueva metodología franciscana. Alternaba la predicación con conferencias al clero, las confesiones, las lecciones de teología a los hermanos y las demás actividades pastorales.

No tardaron en llegar a los oídos de san Francisco sucesos tan gratos y tan estrepitosos; y Francisco, con complacencia de padre y gozo de hermano, le dirigió este mensaje: *«Al hermano Antonio, mi obispo, el hermano Francisco envía sus saludos. Me complace que enseñes la sagrada teología a los hermanos, con tal que en esa ocupación no extingas el espíritu de oración y devoción, como está escrito en la regla»*.

Fray Antonio fue el primer maestro de teología de la Orden franciscana y su primer gran escritor y doctor. Tuvo cargos de relevancia dentro de la Orden, pero su preferencia era

la predicación, donde era escuchado como un oráculo del cielo; sin embargo, no le faltaron repulsas de parte de los herejes maniqueos. Para vencer la testarudez de uno de ellos, que negaba la presencia sacramental del Señor en la Eucaristía, impetró del Señor el famoso prodigio de la mula que se arrodilló en adoración ante la custodia y con ella, por supuesto, se arrodilló también el hereje.

Herencia de un santo

Fray Antonio, tanto para cumplir con sus impulsos misioneros como para visitar y alentar a los hermanos de los distintos conventos, recorrió una tras otra las principales ciudades del norte de Italia y del sur de Francia; pero, sobre todo, se atrajo las simpatías y el fervor religioso de los habitantes de Padua. Allí, por primera vez, predicó una cuaresma con sermones diarios. Esa innovación fue todo un éxito y tuvo un desarrollo sorprendente y grandioso. Desde ese momento se comenzaron a predicar cuaresmales en todos los templos principales, y eran auténticas primaveras espirituales y catequéticas. Sólo decayeron con el advenimiento de los Medios de Comunicación Social.

El apostolado de Antonio tuvo también hondas resonancias sociales. Por ejemplo, Antonio influyó para que los deudores no fueran encarcelados. La Municipalidad de Padua, a través de una lápida, reconoce agradecida esa influencia para la pacificación y convivencia de los ciudadanos.

Tanto en Padua como en la vecina Camposampiero, Fray Antonio aprovechó alguna temporada libre para poner por escrito sus *Sermones,* que serían su legado espiritual para sus innumerables devotos. En Camposampiero, para estar más a solas y más cerca del cielo, se hizo construir una celda pensil en la copa de un opulento nogal.

El 13 de junio de 1231, hacia el mediodía, mientras se hallaba sentado a la mesa con los hermanos, sufrió un grave colapso. En conformidad con sus deseos, fue transportado en un carro de bueyes a Padua. Hacia las cinco de la tarde se sintió

desfallecer. Entonó con voz conmovida un canto de amor a la Virgen, la gloriosa Señora y Re na de su corazón y la estrella de su trayectoria misionera, para que le abriera las puertas del cielo; y mientras los hermanos seguían cantando, su santa alma voló a la eternidad.

Su proceso de canonización fue extremadamente rápido y el 30 de mayo de 1232 –¡menos de un año de su muerte!–, el Papa Gregorio IX lo proclamó santo. El Papa Pío XII, el 16 de enero de 1946, lo exaltó como Doctor de la Iglesia, con un matiz peculiar: *«Doctor Evangélico»,* por su excepcional pasión bíblica.

Sobre su tumba los devotos le edificaron una estupenda basílica, a la que acuden anualmente millones de peregrinos, ansiosos de besar esas santas reliquias y de impregnarse de la santidad del gran taumaturgo. Esa basílica es a la vez un pujante centro de espiritualidad y de iniciativas culturales y caritativas. Las Obras Antonianas brindan su generoso aporte a muchas instituciones de América, de Asia, de Africa...

El jueves, 10 de octubre de 1991, se divulgó por el mundo entero la noticia de que el relicario con el Mentón de san Antonio había sido rapiñado, mientras se celebraba la Misa vespertina. El mundo católico se conmovió y muchos levantaron sus plegarias al cielo. Gracias a Dios, y gracias a la perspicacia o astucia de un grupo de gitanos, el 20 de diciembre de 1991, que en general son muy devotos de san Antonio, se pudo hallar el relicario con el Mentón del santo. ¡Todo intacto! No en vano san Antonio es el Protector de las cosas perdidas.

Los Sermones

Según los estudiosos, los *Sermones Dominicales y Festivos* son la única obra auténtica de la pluma de Fray Antonio y llevan toda la impronta de su personalidad y de su espiritualidad, como toda obra lleva la impronta de su autor.

Después de un sinnúmero de estudios y confrontaciones de códices y citas, finalmente en el año 1979 se publicó la edición crítica de los *Sermones,* en latín, gracias a la ardua labor de los

hermanos franciscanos conventuales Benjamín Costa, Leonardo Frassón y Juan Luisetto, con la colaboración de Pablo Marangón. La edición fue asumida por IL MESSAGGERO DI SANT'ANTONIO – Padova 1979.

Desde el comienzo se requiere una aclaración. Los *Sermones* de san Antonio no tienen nada que ver con nuestros sermones u homilías; más bien, podríamos definirlos como un manual, un prontuario, un tratado, un acopio de mensajes bíblicos... para que los futuros predicadores los asimilen, los rumien y los aderecen para el pueblo.

Los temas centrales con los Evangelios de los domingos y fiestas. Para desarrollarlos, acude al misal y al breviario. El misal le ofrece, además del Evangelio, el introito y la epístola; el breviario le ofrece los textos del Antiguo Testamento.

Fray Antonio era un hombre metódico y, utilizando esta cuadriga de textos, puede desplegar una exposición bíblica de amplio repertorio y de segura eficacia.

El texto sagrado es a menudo explicado según los cuatro sentidos, que gozaban de gran simpatía entre los escolásticos: el sentido literal, el anagógico (en relación a la vida eterna), el alegórico y el moral. Los más desarrollados son el alegórico y el moral. Era la mentalidad de la época, a la que la sensibilidad espiritual de Antonio se adaptaba a las mil maravillas.

Antonio tenía el noble propósito de explicar la Biblia con la Biblia. ¡Nada más justo ni más provechoso, porque el mejor intérprete de un texto es otro texto o el contexto, o la tradición! Este método le ayudaba mucho para iluminar, ensanchar o profundizar el texto. Naturalmente no faltan maneras un tanto artificiosas para hacer concordar un texto con otro en razón del nombre, del lugar, de la etimología, de la historia...

Para respaldar su interpretación, el santo acude a la gran fuente patrística; y muy frecuentes son las citas de san Agustín, de san Ambrosio, de san Jerónimo, de san Gregorio, de san Bernardo... Igualmente en temas filosóficos o morales acude a la sabiduría de Grecia y Roma. Para matizar los temas y ampliar horizontes, no desdeña, de vez en cuando, acudir a las ciencias naturales las que, a pesar de hallarse en pañales, constituían el único acervo científico de la época.

En Antonio se pondera un gusto particular por la etimología que le permite, a través de interpretaciones y símbolos, enriquecer su caudal doctrinal y abrirse hacia nuevas realidades. Su gran maestro fue san Isidoro de Sevilla.

Fines y temas

¿Qué fines buscaba Fray Antonio? En el Prólogo a sus *Sermones,* él mismo se expresa claramente. El fin remoto, evidentemente, es la gloria de Dios y el bien de las almas; el fin próximo, la instrucción de los hermanos, a los que quería brindar una ayuda para su gobierno espiritual y sus actividades ministeriales. Los mismos fines tenemos nosotros con los escritos del santo: brindar a los lectores material formativo para su ilustración y su animación.

En los *Sermones* aparece con frecuencia la palabra *«Glosa».* ¿Qué era? Era una colección ordenada y razonada de explicaciones bíblicas y de sentencias de los Santos Padres. Para los mismos fines exegéticos, Antonio utiliza las famosas *Sentencias* de Pedro Lombardo, que tanta influencia tuvieron en los grandes maestros del siglo XIII: santo Tomás de Aquino, san Buenaventura, beato Juan Duns Scoto...

Como buen franciscano, Antonio no predicaba en las aulas universitarias, sino en los templos y las plazas para los humildes, los simples, los pobres, los marginados, los pecadores. Sus preferidos eran los temas morales: el hombre y Dios, la conversión, la reforma de la vida, la confesión, el espíritu penitencial, el llamado a la santidad, las grandes vivencias evangélicas, el seguimiento del Señor, el servicio al prójimo, la fraternidad, la solidaridad...

Fray Antonio, con mano maestra de teólogo y con experiencia de santo, abre a todos sus oyentes los raudales de la misericordia del Señor, las ternuras del Niño-Dios, los gemidos amorosos del Señor crucificado, los encantos virginales de María y su maternal protección, la compañía y el aliento de las innumerables multitudes de santos...

Todos estos temas los hemos recogido en nuestro trabajo

bajo estos rótulos: vivencias espirituales, el misterio de Dios y de Cristo, caminos de oración y de contemplación, con Cristo en la eternidad.

¿Qué metodología hemos seguido? Hemos seguido estas orientaciones básicas: ante todo, fidelidad al texto; luego, claridad de conceptos; y, finalmente, lenguaje agradable. Que lo hayamos logrado o no, lo confiamos a la consideración de los lectores.

Obraban en nuestro poder la edición crítica, en latín, de los *Sermones;* pero, además de nuestros esfuerzos de abejas hacendosas, hemos aprovechado también de los trabajos de otros expertos en estudios antonianos: Vergilio Gamboso en ANTONIO I PADOVA-GUARDATE I GIGLI DEL CAMPO –Cittá Nuova Editrice– Roma 1981; y A.G. Nocilli en SANT 'ANTONIO DI PADOVA NEI SUOI SCRITTI –EMP– Padova 1981. A tan excelentes estudiosos les damos las más efusivas gracias.

Acotaciones

Para un primer acercamiento a la vida de San Antonio y a su época, sugerimos nuestra biografía: SAN ANTONIO DE PADUA, editada en varias ediciones por Misiones Franciscanas Conventuales y por Castañeda.

Al final de cada artículo, ponemos una siglas. El número romano señala el volumen; el número arábigo, las páginas.

La Sagrada Escritura que usó Antonio, era la *Vulgata,* en latín, con sus variantes que difieren un tanto de las versiones modernas. Ponemos sobre aviso al lector, por si acaso quisiera consultar las citas en alguna versión moderna.

Para la consulta de las citas bíblicas, hay que tener en cuenta que en la época de san Antonio los actuales 1.º y 2.º de Samuel eran el 1.º y el 2.º de los Reyes; y los actuales 1.º y 2.º de los Reyes eran el 3.º y el 4.º de los Reyes.

También hay que tener en cuenta una variante en la numeración de los salmos, que desde el 10 hasta el 148 postergan una unidad. Para consultar las citas de Antonio, hay que retroceder de una unidad.

No faltan casos en que Antonio cita el texto de memoria, reduciéndolo o ampliándolo.

A través de sus *Sermones,* san Antonio sigue su divina trayectoria de evangelizador, tanto en Europa, que desde el año 1992 rasga sus fronteras nacionales y une los destinos de sus pueblos, como en América que celebra los 500 años de EVANGELIZACION y a la vez se proyecta en una nueva y más fecunda EVANGELIZACION.

A través de su magisterio, Fray Antonio nos propone un itinerario de vida y de perfección cristiana. La meta es la plena vivencia de Cristo en nosotros, o sea, que *«Cristo more plenamente en nosotros»* (Ef. 3,17).

San Antonio es así el pregonero de la *gracia,* como *«participación de la divina naturaleza»* (2 Pe. 1,4), y de la divina inhabitación, por la cual el hombre se vuelve hijo de Dios y morada trinitaria.

¡En alabanza de Cristo! ¡Amén!

Fray Contardo Miglioranza
Franciscano conventual

PARTE PRIMERA

VIVENCIAS ESPIRITUALES

1. En la soledad hallarás al Señor

En aquel tiempo dijo Jesús a Pedro: *Sígueme* (Jn. 21,19). En este pasaje del Evangelio se notan dos cosas: la imitación de Cristo, y el amor que El tiene hacia su fiel.

La imitación de Cristo se manifiesta en las palabras: *Sígueme.* Esto lo dijo a Pedro, pero lo dice también a todo cristiano: *Sígueme.* Por esto afirma Jeremías (3,19): *Me llamarás Padre, y no dejarás de caminar en pos de mí.* Sígueme, pues; pero, antes, quítate el bagaje, ya que, agobiado por la carga, no me puedes seguir a mí que corro. Dice el salmista (118,32): *Corrí, teniendo sed,* se entiende, sed de la salvación humana. ¿Hacia dónde corrió? Hacia la cruz.

Entonces corre tú también detrás de El. Como El asumió su cruz por ti, tú también haz lo mismo: toma tu cruz, pero por ti. En el evangelio de Lucas (9,23) se lee: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo,* o sea, sacrifique la propia voluntad, tome su cruz mortificando la carne, cada día, es decir, continuamente, y me siga. Así, pues, *sígueme.*

O, si deseas venir a mí y hallarme, sígueme, o sea, búscame aparte. El dijo a sus discípulos (Mc. 6,31): *Vengan a un lugar apartado, para descansar un poco. Eran tantos los que iban y venían que no les quedaba tiempo ni para comer.* ¡Ay de mí! ¡Cuántas pasiones de la carne y cuántos estrépitos de la mente

van y vienen por nuestro corazón! Y así no tenemos ni el tiempo de comer el alimento de la eterna dulzura, ni de sentir el sabor de la interior contemplación. Por esto el bondadoso Maestro nos dice: separense del alboroto de la multitud y vengan a un lugar apartado, o sea, a la soledad de la mente y del cuerpo, y descansen un poco. Sí, *un poco,* porque, como se dice en el Apocalipsis (8,1): *Se hizo silencio en el cielo por casi media hora;* y en el Salmo (54,7): *¿Quién me dará alas como de paloma, para volar y hallar descanso?*

Oseas (2,14): *Yo la amamantaré, y la llevaré al desierto, y le hablaré a su corazón.* En estas tres frases se nota una triple condición (de la vida espiritual): el que comienza, el que progresa y el que es perfecto. La gracia amamanta e ilumina al que está en los comienzos, para que crezca y progrese de virtud en virtud; entonces lo separa del estrépito de los vicios y del tumulto de los pensamientos, y lo lleva a la soledad, o sea, al descanso de la mente; y, allí, después de haberlo perfeccionado, le habla al corazón. Eso se logra cuando siente la dulzura de la divina inspiración y se entrega totalmente al gozo espiritual.

¡Oh! ¡Qué grandes son entonces en su corazón la devoción, la admiración y el júbilo! Por la grandeza de la devoción se eleva sobre sí mismo, por la pujanza de la admiración se siente transportado por encima de sí mismo y por el impulso del éxtasis se desapega de sí mismo.

Sígueme. El habla como una madre cariñosa, cuando enseña a su hijito a caminar. Le muestra un pastel o una manzana le dice: «Ven en pos de mí y te los daré». Y cuando el niño se le acerca hasta casi alcanzarla, la madre se aleja poco a poco y, siempre mostrándole las golosinas, le repite: «Sígueme, si quieres recibirlas».

Existen aves que sacan fuera del nido a sus polluelos y con su vuelo les enseñan a volar y a seguirlas. Así obra Cristo: para que le sigamos, El mismo se ofrece como ejemplo y promete el premio en el reino de los cielos.

Sígueme, pues, porque yo conozco el buen camino, para guiarte. A este propósito está escrito en el libro de los Proverbios (4,11-12): *Yo te muestro el camino de la sabiduría; te*

conduciré por sendas rectas. Así, cuando camines, tus pasos no serán estorbados; y, si corres, no tropezarás.

El camino de la sabiduría es el camino de la humildad; cualquier otro es el camino de la necedad, porque es el de la soberbia. Este camino nos lo mostró Jesús, al decirnos: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallarán reposo para sus almas* (Mt. 11,29). La senda es estrecha, de un ancho de dos pies, para que otro no pueda pasar. Senda deriva de «semis», que significa «medio camino».

Sendas de la rectitud son las de la pobreza y de la obediencia, por las que Cristo, pobre y obediente, te conduce con su ejemplo. En aquellas sendas no hay nada tortuoso, sino que todo es rectilíneo y llano. Pero lo que suscita maravillas, es el hecho de que, aun siendo tan estrechas, los pasos que las recorren no se hallan estorbados. En cambio, el camino del mundo es ancho y espacioso; sin embargo, los que viven según el mundo, no lo hallan suficientemente ancho, como les pasa a los borrachos que hallan estrecho todo camino, aun si es muy ancho.

El mal, efectivamente, tiene su congénita angostura; en cambio, la pobreza y la obediencia por un lado estrechan y condicionan, por el otro dan libertad, porque la pobreza hace ricos y la obediencia hace libres. El que corre por estos senderos en pos de Jesús, no halla tropiezos ni de las riquezas ni de la propia voluntad.

Sígueme, pues, y te mostraré lo que «ni ojo vio, ni oído oyó, ni penetró en corazón de hombre, o sea, lo *que Dios preparó para los que le aman»* (1 Co. 2,9). *Sígueme,* y, como dice Isaías (45,3 y 60,5): *«Te daré tesoros escondidos y secretos arcanos; y tú, al verlo, te pondrás radiante, y tu corazón palpitará y se dilatará».*

Verás a Dios cara a cara como es (1 Jn. 3,2); estarás colmado de deleites y de riquezas de la doble estola del alma y del cuerpo. Tu corazón admirará los órdenes de los ángeles y las moradas de los bienaventurados, y por el gozo se dilatará en el júbilo y en la alabanza.

* * *

El amor de Cristo hacia quien le es fiel se ve, por ejemplo, en el pasaje: *Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, aquel que en la cena se había inclinado sobre su pecho* (Jn. 21,20).

El que de veras sigue a Cristo, desea que todos lo sigan; y por esto se dirige hacia su prójimo con fervorosa solicitud, devota oración y predicación de la palabra. Justamente esto significa el volverse de Pedro; y concuerda con la parte final del Apocalipsis (22,17): *«El esposo y la esposa* –o sea, Cristo y la Iglesia– dicen: "Ven". Y el que escucha, diga también: "Ven"».

Cristo, por medio de la inspiración, y la Iglesia, por medio de la predicación, dicen al hombre: «Ven». Y el que escucha estas palabras, a su vez, diga a su prójimo: «Ven», o sea, «Sigue a Jesús».

Volviéndose, Pedro vio que lo seguía aquel discípulo, a quien Jesús amaba. Jesús ama al que le sigue. Por esto se le puede aplicar lo de los Números (14,24): *A mi siervo Caleb, que me siguió fielmente, lo introduciré en el país que ha explorado, y sus descendientes lo poseerán.*

* * *

El discípulo al que Jesús amaba. Se calla el nombre, pero con esas palabras se indica a Juan, y se lo distingue de los demás, no porque Jesús lo ama a él solo, sino que lo amaba más que a los demás. Amaba también a los demás, pero a éste lo amaba con mayor familiaridad. Lo enriqueció con una más abundante dulzura de su amor, porque fue elegido siendo virgen y virgen permaneció; por esto Jesús le confió a su Madre.

En la cena Juan reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús. Fue una muestra de gran amor, el haberse reclinado –¡sólo él!– sobre el pecho de Jesús, *en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col. 2,3). En este gesto se representaban todos los misterios de las cosas divinas que Juan, a diferencia de los demás apóstoles, más adelante escribiría.

Observa que Jacob descansó sobre una piedra y Juan sobre

el pecho de Jesús; aquél durante el viaje, éste durante la cena. En Jacob son simbolizados los peregrinos, en Juan los bienaventurados; aquéllos durante el camino terrenal, éstos ya llegados a la patria celestial.

En el Génesis (28,10-13) se lee: *Jacob salió de Bersebá y fue a Jarán. Al querer descansar, tomó una piedra por almohada y durmió. En el sueño vio una escala, apoyada en la tierra y que tocaba el cielo con su punta, y por la cual subían y bajaban ángeles de Dios; y el Señor estaba en lo alto.*

Jacob es el justo que todavía peregrina en esta tierra, en la que está sujeto a muchas luchas; parte de Bersebá, que significa «pozo» y representa justamente el pozo sin fondo de la codicia humana; va hacia Jarán, que significa «excelso» y por eso representa a la Jerusalén celestial. Por eso dice Rabacuc (3,16): *Subiré a un pueblo armado,* que triunfó sobre un mundo perverso.

Y porque desea aliviar las fatigas de su peregrinación, coloca una piedra bajo su cabeza y duerme.

La cabeza es la mente; la piedra, la firmeza de la fe; la escala erguida, el doble amor (hacia Dios y el prójimo). Los ángeles son los hombres justos, que suben a Dios con la elevación de su mente, pero también se inclinan hacia el prójimo a través de la compasión del alma.

El justo, pues, durante su peregrinación terrenal, para descansar, posa la mente en la firmeza de la fe. Por eso se lee en los Proverbios (30,26): *El gazapo es por su naturaleza débil y por eso hace su cueva entre las piedras.* El gazapo, animal tímido, representa al que es débil espiritualmente, y por ende no sabe oponerse eficazmente contra las ofensas de todo género, y por eso, para descansar y dormir, coloca el lecho de su esperanza en la piedra de la fe. Así ve erigida en sí mismo la escala de la caridad.

Observa que el Señor está apoyado en la escala por dos motivos: para sostenerla y acoger a los que suben por ella. El sostiene, efectivamente, el peso de nuestra fragilidad, para que podamos subir mediante las obras de la caridad; y acoge a los que suben, para que con El, que es eterno y dichoso, también nosotros seamos eternos y dichosos.

Entonces en aquella cena que nos saciará para siempre, descansaremos con Juan sobre el pecho de Jesús. Como el corazón está en el pecho, así el amor está en el corazón. Descansaremos en su amor, porque lo amaremos con todo el corazón y con toda el alma, y hallaremos en El todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

¡Oh amor de Jesús! ¡Oh tesoro puesto en el amor, oh sabiduría de inestimable sabor, oh ciencia de todo saber! Dice el salmista (16,15): *Me saciaré cuando aparezca tu semblante radiante;* y: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo.* (Jn. 17,3). A El sean gloria y alabanza por los siglos eternos. ¡Amén!

(En la fiesta de san Juan Evangelista: III, 31-35)

2. Dejemos la vanidad del mundo

Subía del pozo una humareda como la humareda de un horno grande, que oscureció el sol y la atmósfera. De la humareda salieron langostas que se esparcieron por la tierra. Así se lee en el Apocalipsis (9,2-3).

La humareda que enceguece los ojos de la razón sube del pozo de la codicia mundana, que es el gran horno de Babilonia. A causa de esta humareda se oscurecieron el sol y la atmósfera. El sol y la atmósfera representan a los religiosos. Ellos son el sol, porque han de ser puros por la castidad, calientes por la caridad y luminosos por la pobreza; y son la atmósfera, porque han de ser etéreos, o sea, contemplativos.

A causa de nuestros pecados salió la humareda del pozo de la codicia, y nos ahumó a todos. De ahí nace la lamentación de Jeremías (Lm. 4,1): *¡Cómo se ennegreció el oro! ¡Cómo se deterioró su hermoso brillo!*

Observa con cuanta propiedad Jeremías dice: «Se ennegreció y deterioró». La humareda de la codicia oscurece el esplendor de la vida religiosa y deteriora el espléndido brillo de la contemplación celeste, en la cual la cara del alma se aviva con

los colores más bellos, el blanco y el rojo: el blanco de la encarnación del Señor y el rojo de su pasión; el blanco de la marfileña castidad y el rojo por el ardiente deseo del Esposo celestial.

Lamentablemente, hoy en día, este estupendo color está deteriorado, porque está alterado por la humareda de la codicia. De ello está escrito: *De la humareda del pozo brotaron langostas por toda la tierra.*

Las langostas, por su modo de saltar, representan a todos los religiosos que, utilizando los dos pies juntos de la pobreza y obediencia, deberían saltar hacia las cimas de la vida eterna. Pero, lamentablemente, salieron de la humareda del pozo con un salto atrás y, como se dice en el Exodo (10,5), *cubrieron la superficie de la tierra.*

Hoy en día no se organizan mercados, ni hay encuentros atestados de seglares o de eclesiásticos, en los que no se encuentren monjes y religiosos. Compran y venden, edifican y destruyen, cambian el cuadrado en redondo. En los procesos convocan las partes, pleitean ante los jueces, traen consigo a expertos en decretos y leyes y presentan testigos, con los que están dispuestos a jurar por cuestiones transitorias, frívolas y vanas.

Díganme, oh religiosos necios, ¡si en los profetas o en los evangelios de Cristo, o en las cartas de san Pablo, o en la regla de san Benito o de san Agustín encontraron litigios y aberraciones de este género, y tamaño alboroto y tantas protestas por cosas banales y caducas!

¡Todo lo contrario! Dice el Señor a los apóstoles, a los monjes y a todos los religiosos, pero no bajo forma de consejo, sino de precepto, ya que ellos escogieron el camino de la perfección: *Les digo a ustedes que me escuchan: amen a sus enemigos y hagan el bien a los que les odian; bendigan a los que les maldicen y oren por los que les calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, no le niegues ni la túnica. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no solicites que te lo devuelva. Como quieren que hagan con ustedes los hombres, así también hagan ustedes con ellos. Porque si aman a los que les aman,*

¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a los que los aman. Y si les hacen el bien a los que se lo hacen, ¿qué mérito tienen? También los pecadores hacen lo mismo. (Lc. 6,27-33).

Esta es la regla de Jesús que hay que preferir a todas las reglas, instituciones, tradiciones, invenciones, porque *no hay siervo mayor que su amo, ni apóstol más grande que Aquel que lo envió* (Jn. 13,16).

Presten atención, escuchen y consideren, oh pueblos todos, si hay demencia y presunción, como las de ellos. En la regla de su instituto está escrito que el monje o el canónigo tenga dos o tres túnicas y dos pares de zapatos, uno para el verano y otro para el invierno. Si sucediera que ocasionalmente y en determinadas circunstancias de tiempo y de lugar no tuvieran estas prendas, protestan que no se observa la regla; mientras tanto pecan mezquinamente dentro de la regla misma.

Observa cuan escrupulosamente guardan la regla o lo que sirve para el cuerpo; en cambio, no guardan para nada, o muy poco la regla de Jesucristo, sin la cual no pueden salvarse.

(II domingo de cuaresma: I, 105-108)

3. Un nuevo modo de pensar y de vivir

El tentador se acercó a Jesús y le dijo: *«Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes»* (Mt. 4,2).

El diablo procede por semejanzas. Como tentó a Adán en el paraíso, así tentó también a Cristo en el desierto, y sigue tentando a cualquier cristiano en este mundo. Ante todo, tentó a Adán con la gula, la vanagloria y la avaricia y, al tentarlo, lo derrotó. De modo semejante tentó también al nuevo Adán, Cristo, pero esta vez fue derrotado, porque no tentaba solamente a un hombre sino también a Dios. Nosotros, que somos partícipes de uno y de otro, o sea, del primero según la carne y del segundo según el espíritu, *despojémonos del hombre viejo con todas sus acciones, que son la gula, la vanagloria y la ava-*

ricia y, renovados por la confesión, revistámonos del hombre nuevo (Col. 3,9-10), para frenar con los ayunos la desbocada ansiedad de la gula, reprimir con la humildad de la confesión la hinchazón de la vanagloria y concalcar con la contrición del corazón el espeso fango de la avaricia. Dice el Señor (Mt. 5,3): *«¡Bienaventurados los de espíritu pobre,* o sea, de corazón contrito y humillado, *porque de ellos es el reino de los cielos».*

Observa todavía esto. Como el diablo tentó al Señor de gula en el desierto, de vanagloria en el templo y de codicia en el monte, así nos tienta cada día a nosotros de gula, cuando estamos ayunando; de vanagloria, cuando estamos orando, y de codicia en sus múltiples formas, cuando ocupamos altos cargos.

Durante el ayuno, nos tienta de gula, en la que pecamos de cinco maneras; antes del tiempo, espléndidamente, demasiado, ansiosamente y refinadamente.

Antes del tiempo: cuando se come antes de la hora de la comida.

Espléndidamente: cuando con variadas salsas, diferentes ingredientes y un surtido de manjares, se excita la ansiedad de la lengua y se estimula el apetito, aunque sea flojo.

Demasiado: cuando se come más de lo que el cuerpo requiere. Algunos glotones dicen: tenemos que ayunar; entonces hagamos una sola comida, que comprenda el almuerzo y la cena. Estos glotones son como el gusano de seda que no deja el árbol, donde anida, sin antes haber comido todas sus hojas. Este gusano parece todo una boca voraz y simboliza a los glotones, que se entregan totalmente a la gula y al vientre; y agarran la taza, como si adesiaran una fortaleza, y no la dejan sin haber antes devorado todo su contenido. O reventará el vientre o se vaciará la taza.

Ansiosamente: esto sucede cuando el hombre se repantiga sobre toda comida y, como si estuviera por expugnar una gran fortaleza, alarga los brazos, estira las manos y come con todo su cuerpo; y está a la mesa como un perro que no desea que haya otro perro en la cocina.

Refinadamente: sucede cuando se procuran alimentos exquisitos y se guisan con meticulosidad, como se lee en el pri-

mer libro de los Reyes (2,15), a propósito de los hijos de Helí, *que no querían carne cocida, sino cruda, para guisársela con mayor esmero y refinamiento.*

Además, el diablo nos tienta de vanagloria, cuando estamos en el templo en oración, durante el rezo del Oficio o la predicación. En ese momento somos embestidos por el diablo con los dardos de la vanagloria y, lamentablemente, ¡cuántas veces somos heridos!

Hay algunos que, mientras están arrodillados y emiten suspiros, quieren ser vistos. Hay otros que, mientras cantan en el coro, cambian de voz y hacen gorgoritos, deseando que la gente los escuche. Hay también otros que, mientras predican y atruenan con su voz, y mientras se lucen multiplicando citas de autores e interpretándolos a su manera, se dan vueltas en el púlpito, buscando aplausos.

Todos ellos –créanmelo– son mercenarios, que ya *recibieron su recompensa* (Mt. 6,2), pero arrojando al prostíbulo a su hija. Moisés los amonesta en el Levítico (19,29): *«No prostituyas a tu hija».* ¿Qué es esta hija? Esta hija es mi obra que prostituyo, o sea, arrojo al lupanar, cuando la vendo por el dinero de la vanagloria.

El Señor nos exhorta: *Cuando tu ores, entra en tu celda, cierra la puerta y ruega a tu Padre* (Mt. 6,6). También tú, cuando quieres orar o hacer alguna obra buena –y hacerlo *sin interrupción* (I Ts. 5,17)–, entra en tu celda, o sea, en el secreto de tu corazón, y cierra la puerta de los cinco sentidos, para que no desees ser visto, oído ni alabado.

En el evangelio de Lucas (1,9) se lee que *Zacarías entró en el templo del Señor a la hora del incienso.* En el tiempo de tu plegaria, que como *incienso se dirige a la presencia del Señor* (S. 140,2), entra en el templo de tu corazón, y allí orarás a tu Padre; y *tu Padre, que ve en el secreto, te dará la recompensa* (Mt. 6,6).

En fin, también podríamos ser tentados del pecado de avaricia en sus múltiples formas, al ocupar altos cargos terrenales. Y observa que no se trata sólo de avidez de dinero, sino también de avidez por sobresalir.

Los avaros, cuanto más tienen, más sed tienen de poseer.

Lo mismo sucede con los que están en cargos elevados: cuanto más suben, más se esfuerzan por ascender; y así, más tarde, caen más ruinosamente, porque los vientos soplan reciamente alrededor de las cumbres y es en los altozanos donde se ofrecen sacrificios.

A propósito de estos dos vicios se expresa así Salomón en los Proverbios (30,16): *El fuego jamás dice «basta».* El fuego es la avidez de dinero y de sobresalir, que jamás dice: «¡Basta!»; sino: «¡Trae más, trae más!».

Oh Señor Jesús, quita, te ruego, quita estos dos vicios de los prelados de tu Iglesia. Tú con las bofetadas, esputos, flagelos, cruz, clavos, vinagre, hiel y lanza adquiriste un patrimonio para tu Iglesia; pero ellos, al alardear y al solazarse en sus elevados cargos eclesiásticos, lo despilfarran.

Pues bien, nosotros, que por el nombre de Cristo, somos llamados cristianos, debemos suplicar, todos juntos y con devoción, a Jesucristo, el Hijo de Dios, y debemos pedirle con perseverancia, que nos conceda el espíritu de contrición, para llegar al desierto de la confesión. De esta manera, durante esta cuaresma, mereceremos recibir el perdón de nuestros pecados; y así, renovados y purificados, merecemos gozar plenamente de su santa resurrección y un día ser colocados en la gloria de su eterna bienaventuranza. Nos lo conceda el favor de Aquel, a quien van el honor y la gloria por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(I domingo de cuaresma: I, 81-84)

4. Nosotros lo hemos dejado todo

Pedro dijo a Jesús: *He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mt. 19,27). Con estas palabras expresaba su trayectoria. A este propósito acota el abad Gofredo: «Pedro, has hecho muy bien, ya que, llevando una carga, no hubieras podido seguir a quien corría, Cristo».

Poco antes, en el mismo pasaje evangélico, Pedro había oído que el Señor decía: *En Verdad les digo, que difícilmente*

un rico entrará en el reino de los cielos; y él, para entrar en el reino de los cielos, lo dejó todo.

¿Qué significa *todo?* Los bienes exteriores y los interiores, los que hemos tenido y aún la misma gana de tenerlos: lo hemos dejado todo, tanto que no nos quedó nada. De todo ello habla el Señor en Isaías (14, 22): *Exterminaré el nombre de Babilonia, y el resto, y el germen, y la estirpe.*

El nombre de Babilonia significa «propiedad», como si dijésemos: «mío o tuyo». Cristo en sus apóstoles no sólo anuló el nombre, sino también el resto de la propiedad; y no sólo esto, sino también el germen, o sea, la tentación de poseer; y también la estirpe, o sea, la voluntad de poseer. ¡Dichosos aquellos religiosos, que apartaron de sí tales cosas, porque podrán decir de corazón: *He aquí, lo hemos abandonado todo.*

Miren a los apóstoles que vuelan, de los que dice Isaías (60,8): *¿Quiénes son aquellos que vuelan como nubes y como palomas hacia su nido?*

Las nubes son ligeras. Así fueron los apóstoles que, exentos del peso del mundo, ligeros y con las alas del amor, volaban en pos de Jesús.

De ellos hablaba Job (37,16): *¿Conoces tú las grandes sendas de las nubes y el saber perfecto?*

Estas grandes sendas consisten en abandonarlo todo: son estrechas para quien camina, pero llegan a ser capciosas en la recompensa. El saber perfecto consiste en amar a Jesús y seguirlo. Tales fueron las sendas y el saber de los apóstoles, que, como palomas, volaron a sus nidos.

Los nidos son como ventanas que llevan hacia fuera. Los apóstoles y los varones apostólicos, como sencillas e inocentes palomas, se alejaron en vuelo de las cosas terrenales, para guardar las ventanas de los sentidos: para no salir, a través de ellas, hacia las cosas exteriores que habían abandonado. Justamente por esas ventanas salió esa paloma, sin cabeza, que luego fue seducida, de que habla el Génesis (3,1-2): *Dina salió para ver a las muchachas de la región; pero la vio Siquem, príncipe de aquella comarca, la raptó y la deshonró.*

Así sucede al alma pecadora: a través de los sentidos del cuerpo es llevada hacia afuera para ver los atractivos del mun-

do; y, mientras vagabundea acá y allá, cede a la tentación, es arrebatada por el diablo y así se echa a perder.

¡Qué diferencia entre los dos vuelos! Los apóstoles vuelan de las cosas terrenales a las celestiales; el alma pecadora, de las cosas celestiales a las terrenales; ellos vuelan hacia Cristo, ésta, hacia el diablo.

* * *

Y te hemos seguido (Mt. 19,27). Por ti, oh Cristo, lo hemos abandonado todo, y nos hemos vuelto pobres; pero, ya que tú eres rico, te hemos seguido, para que nos hagas ricos. Por esto, entre todos los hombres, más dignos de compasión son aquellos religiosos que lo dejan todo, pero no siguen a Cristo. Les sucede un doble mal: carecen de consuelo exterior y no tienen consuelo interior. También los mundanos carecen de consuelo interior, pero se consuelan con los bienes exteriores.

Te hemos seguido, como la criatura sigue al Creador, los hijos al padre, los polluelos a la madre, los hambrientos el pan, los sedientos al agua de la fuente, los enfermos al médico, los fatigados el lecho, los desterrados el paraíso. *Te hemos seguido y corremos en pos de la fragancia de tus perfumes, porque su aroma sobrepasa el de todas las especias aromáticas* (Ct. 1,3; 4.10).

* * *

En los textos de ciencias naturales se afirma que la pantera es de una maravillosa belleza y despide un olor tan suave que supera todos los aromas. Por esto los otros animales, al percibir tal olor, en seguida acuden y siguen a la pantera para deleitarse con ese olor y su admirable belleza.

De cuánta belleza y de cuánta suavidad sea nuestro Señor Jesucristo, los bienaventurados las experimentan en la patria celestial; los justos, de alguna manera, las saborean a lo largo del camino terrenal. Los apóstoles, apenas percibieron el suave perfume que Cristo despedía, en seguida lo dejaron todo y lo siguieron.

* * *

Te hemos seguido. ¿Qué tendremos? (Mt. 19,27).

En Job se lee (3,21-22): *Buscan un tesoro y gozan al hallar una tumba.* El tesoro en un sepulcro es un símbolo de Dios escondido en el cuerpo de la Virgen.

Oh apóstoles, ustedes ya hallaron el tesoro y ya lo tienen todo. ¿Qué buscan de más? Conserven lo que hallaron, porque El mismo es todo lo que andan buscando. Lo dice Baruc (3,14): *En El están la sabiduría, la prudencia, la fuerza, la inteligencia, la longevidad y el alimento, la luz de los ojos y la paz.* La sabiduría: con ella El lo crea todo; la prudencia: con ella gobierna las cosas creadas; la fuerza: con ella refrena al diablo; la inteligencia: con ella penetra en todo; la longevidad: con ella da larga vida a sus seguidores; el alimento; con que sacia; la luz: con que ilumina; la paz: con que dona la serenidad.

* * *

En fin, Jesús les dice: *Les aseguro que ustedes que me siguieron, en la regeneración, se sentarán sobre doce tronos* (Mt. 19,28). No dice: ustedes que lo dejaron todo; sino: ustedes que me siguieron. Esta actitud es propia de los apóstoles y de los perfectos. Muchos abandonaron sus cosas, pero no siguieron a Cristo, porque, por decirlo así, se retuvieron a sí mismo. Si quieres seguir a una persona y alcanzarla, debes dejarte a ti mismo.

El que durante el camino sigue a otro, no se mira a sí mismo sino al otro, que se asignó como guía de su marcha. ¿Qué significa dejarse a sí mismo? Significa esto: no confiar para nada en sí mismo; considerarse inútil, después de haber ejecutado todos los mandatos (Lc. 17,10); despreciarse como un perro muerto o una pulga (I R. 24,15); no anteponerse en el propio ánimo a ningún otro; juzgarse inferior a todos, incluso a los más grandes pecadores; ponderar nuestras obras buenas como trapo sucio (Is. 64,5); ponerse ante el espejo y conside-

rarse como muerto; en todas las cosas retenerse ruines; y lanzarse totalmente hacia Dios.

(Conversión de san Pablo: III, 83-86)

5. El mundo te puede distraer y engañar

¿No saben que los que recibimos el bautismo de Cristo, fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Cristo para compartir su muerte. De esa manera, como Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la Gloria del Padre, así también nosotros debemos caminar en una vida nueva. Si nos unimos a Cristo con una muerte semejante a la suya, así también nos uniremos a El en su resurrección (Rom. 6,3-5).

He aquí expresada la justificación en cinco puntos.

Observa que del costado de Cristo salieron sangre y agua: el agua del bautismo y la sangre de la redención; el agua en razón del cuerpo, porque *las muchas aguas simbolizan a muchos pueblos* (Ap. 17.15); la sangre en razón del alma, porque *la sangre es la vida* (Dt. 12,23). Por eso debemos darnos completamente a Dios, porque nos redimió totalmente, para poseernos enteramente.

Los que recibimos el bautismo de Cristo, o sea, en la fe de Jesucristo, fuimos purificados en su muerte, o sea, en su sangre. Por esto el Apocalipsis (1,5) nos dice: *Cristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados en su sangre.*

Observa que la sangre sacada del costado de una paloma quita del ojo una mancha de sangre. Por lo tanto, nosotros, según lo que somos y según lo que podemos, debemos honrar y reverenciar a Aquel que con su sangre quitó del ojo de nuestra alma la mancha de sangre. Cristo es nuestra paloma sin hiel, el cual, en lugar del canto, emite gemidos y sollozos, y quiso que le abrieran el costado, para purificar de los ojos de los ciegos la mancha de sangre y abrir a los desterrados las puertas del paraíso.

Pero nosotros también debemos brindar nuestra colabora-

ción. Mediante el bautismo, fuimos sepultados con Cristo para compartir su muerte, o sea, para hacer morir nuestros vicios. Como Cristo, soportando el dolor de la cruz y teniendo los miembros desgarrados y clavados, halló paz en el sepulcro, desapareciendo de los ojos humanos, así debemos hacer nosotros también. Debemos sostener la cruz de la penitencia y clavar nuestros miembros mediante la continencia. De esa manera no volveremos más a los pecados, podremos lograr una paz perfecta y no tendremos más ni la visión ni la memoria de nuestro pasado.

También al prójimo debemos ofrecer amor. Como Cristo, resucitando de los muertos, se apareció a los discípulos y cambió en gozo su tristeza, así nosotros, resucitando de las obras muertas para gloria del Padre, podemos gozar juntos con el prójimo y caminar juntos en una vida nueva.

¿Y qué es la vida nueva? Es el amor al prójimo. *Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros* (Jn. 13,34). *Al venir las cosas nuevas, tirarán las viejas* (Lv. 26,10), que son la ira, la envidia y el resto, que enumera el apóstol Pablo en la carta a los Gálatas (5,20-21).

* * *

Debemos despreciar las cosas mundanas y odiar el pecado. *Si nos unimos a Cristo...* Si del huerto de árboles frutales, donde los falsos jueces hallaron a Susana (Dn. 13,5-7), nos trasplantamos al huerto donde Cristo fue sepultado, entonces, sí, despreciaremos el mundo.

Y como del desprecio del mundo nace el odio al pecado, el apóstol añade: *con una muerte semejante a la suya.* Donde hay semejanza con la muerte de Cristo, allí hay odio al pecado. Apremia la esposa en el Cantar (8,14): *Huye, amado mío, como gacela o cervatillo, sobre los montes de los aromas.* He ahí el desprecio del mundo. Se lee en Juan (6,15): *Sabiendo Jesús que querían arrebatarlo para proclamarlo rey, se retiró al monte él solo.* En cambio, cuando lo buscaban para darle muerte, él mismo salió al encuentro de los que le buscaban (Jn. 18,4). *Huye,* pues, *amado mío.*

En el Exodo (2,15) se narra que el faraón procuraba matar a Moisés; entonces éste *se alejó del faraón y se estableció en el país de Madián, donde se sentó junto a un pozo.*

Huye también tú, amado mío, porque el diablo procura matarte, y habita en tierra de Madián, que significa «juicio». Allí podrás juzgar tu tierra, para no ser juzgado por el Señor. Y siéntate también tú junto al pozo de la humildad, del que podrás sacar *agua que brota hasta la vida eterna* (Jn. 4,14). *Huye,* pues, amado mío.

Puedes leer en el Génesis (27,42-44) lo que dijo Rebeca a Jacob: *¡Cuidado! Tu hermano Esaú amenaza matarte. Ahora, hijo mío, escucha mi voz: «Levántate, huye a Jarán donde está mi hermano Labán y permanece con él».*

Esaú, el peludo, es un símbolo del mundo, lleno de muchos vicios y que amenaza matarte, hijo. Entonces huye hacia Labán, que significa «blancura» y representa a Jerusalén, que blanqueará tu alma, más que la nieve, de tus pecados. El se halla en Jarán, que significa «excelsa», y allí habitarás con El, porque *el Señor habita en lo alto.* (S. 112,5). *Huye,* pues, *amado mío.*

Procura *asemejarte a la gacela y al cervatillo.* La gacela busca las cosas arduas, tiene vista aguda y tiende a lo alto. Los cervatillos, hijos de los ciervos, son dóciles y se esconden a una señal de la madre. Los dos animales son símbolos de Jesucristo, Dios y hombre. En la gacela se representa su divinidad, que todo lo ve; en el cervatillo, su humanidad que, a la señal de su Madre, aplazó hasta los treinta años la obra que había comenzado desde los doce. *Y vino con Ella a Nazaret y le estuvo sujeto* (Lc. 2,51).

Este cervatillo es hijo de los ciervos, o sea, de los antiguos padres, de los que tomó carne humana.

Procura, amado mío, asemejarte a la gacela y al cervatillo, para que, hecho semejante a su muerte, puedas subir al monte de los aromas. Es lo que dice el apóstol: *Si nos unimos a Cristo con una muerte semejante a la suya, nos uniremos a El en su resurrección.* Los montes perfumados son las virtudes excelsas; quien las tenga, gozará de la resurrección con Cristo.

Te suplicamos, oh Señor Jesús, que nos hagas abundar en

muchas obras buenas. Concédenos poder despreciar las cosas mundanas, llevar en nosotros la semejanza de su muerte y subir a los montes perfumados, para gozar un día contigo de la alegría de la resurrección. Ayúdanos tú, que eres bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(VI domingo después de Pentecostés: I, 519-521)

6. Del sepulcro, luz y fuerza

Pasado el sábado, muy de mañana, María Magdalena, María de Jacobo y Salomé llegaron al sepulcro, ya salido el sol. Ellas dijeron entre sí: «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?». Pero, al mirar, vieron removida la piedra, que era muy grande (Mc. 16,3-4).

La remoción de la piedra, alegóricamente, significa la apertura de los sacramentos de Cristo, que estaban tapados por el velo de la letra escrita de la ley. Efectivamente la ley fue grabada en la piedra. Sólo cuando ésta fue quitada, fue mostrada la gloria de la resurrección; y se comenzó a predicar por todo el mundo que la antigua muerte había sido abolida y que, por ende, debíamos esperar una vida eterna.

Hay también un significado moral. Se quita la piedra, cuando por medio de la gracia se quita el peso del pecado. Cuándo esto suceda y cómo deba comportarse el hombre para que esto se realice en él, nos lo dice el Génesis (29,3): *Era costumbre que, una vez reunidos los rebaños, los pastores hacían rodar la piedra de la boca del pozo.*

Tú también, si quieres que te sea quitada la piedra del pecado, que te oprime y no te deja resucitar, reúne en Cristo tus ovejas, o sea, los pensamientos inocentes. Por esto se añade: *Arribó Raquel con las ovejas de su padre, porque era una pastora.* Raquel, que significa «oveja», ella misma pastorea a las ovejas y representa al hombre sencillo que nutre dentro de sí pensamientos inocentes.

Hay otro sentido moral. Va al sepulcro, quien se propone

hacer penitencia en algún monasterio o en cualquier otro lugar religioso; pero, considerando la grandeza de la piedra, o sea, las esperanzas y las dificultades de la vida religiosa, se pregunta: «¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del sepulcro?» La piedra es grande y difícil el ingreso. Se trata de velas continuas, ayunos frecuentes, poca comida, ropa tosca, disciplina dura, pobreza voluntaria, obediencia solícita... ¿Quién nos quitará esta piedra de la puerta del sepulcro?

¡Oh mentes frágiles, como de mujercitas! Acérquense y miren, no desconfíen, y verán la piedra removida. Mateo (28,2) lo aclara: *Un ángel del Señor descendió del cielo, hizo rodar la piedra y se sentó sobre ella.*

Este ángel es la gracia del Espíritu Santo, que remueve la piedra de la puerta del sepulcro, da fuerza a nuestra fragilidad, suaviza toda aspereza y endulza con el bálsamo de su amor toda amargura.

Dice el profeta (Pr. 21,31): *El caballo se prepara para el día de la batalla; pero es el Señor el que da la victoria.* El caballo es un símbolo de la buena voluntad.

¡Nada es difícil para el que ama! (en latín, «amanti nihil difficile!»).

(Domingo de Pascua: I, 216-217)

7. ¡No temas! ¡Yo soy tu ayuda!

Se lee en el libro del Eclesiástico (24,42): *Voy a regar mi espíritu y a embriagar el fruto de mi parte.*

El jardín es el alma, en la que Cristo, como jardinero, planta los sacramentos de la fe y la riega, cuando la fecunda con la gracia del arrepentimiento. Se dice también: *Embriagaré el fruto de mi parto.* Nuestra alma es llamada «fruto del parto del Señor», o sea, fruto de sus dolores, porque El la dio a luz, como mujer parturienta, en su dolorosa pasión. *El se ofreció* –escribe san Pablo (Hb. 5,7)– *con gran clamor y lágrimas.* Y en Isaías (66,9) dice el Señor: *Yo que abro el seno materno, ¿no daré a luz?*

El exalta el fruto de su parte, cuando con la mirra y el áloe de su pasión mortifica los deleites de la carne, para que el alma, como embriagada, olvide estas cosas temporales. Dice el salmista (64,10): *Oh Señor, visitaste la tierra y la embriagaste.*

Además, El es de mano fuerte y nos hace progresar de virtud en virtud, y esto sucede para los que sacan provecho. Y dice en Isaías (41,13): *Yo soy el Señor tu Dios que toma tu mano y te dice: «¡No temas! ¡Yo soy tu ayuda!».*

Como la madre amorosa toma con su mano la del hijo pequeño, incapaz de subir, para que pueda subir en pos de ella, así el Señor aferra con su mano piadosa la del humilde penitente, para que pueda subir por la escala de la cruz hasta el peldaño más alto de la perfección, y así merezca un día ver *al Rey en todo su esplendor, a Aquel a quien desean contemplar los ángeles* (Is. 33,17; I Pe. 1,12).

Nuestro bondadoso y misericordioso Señor, que *da a todos abundantemente y sin reproche* (St. 1,5), nos dio el oro, o sea, la sagrada inteligencia de la divina Escritura: *Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras* (Lc. 24,45); un entendimiento purísimo, purificado de toda hez y de toda escoria herética.

(Prólogo de los Sermones: I,2).

8. Jalones de la conversión

Al entrar Jesús en la casa del principal, vio a los que tocaban flautas y a la gente en agitación y les dijo «Retírense, porque la niña no está muerta, sino que duerme». Pero ellos se burlaban de El (Mt. 9,23-24).

El principal, del que se habla, es cualquier hombre, que debe saberse mandar a sí mismo. Su casa es su misma conciencia, en la cual el Señor entra cuando infunde su gracia, para que reconozca sus faltas y, reconociéndolas, se sonroje.

Jesús, al ver a los flautistas, les dijo: *Retírense.* Cuando Jesús con su gracia visita la conciencia de un hombre, entonces ordena al placer de los sentidos y al tumulto de los pensamien-

tos que se retiren. El es capaz de mandar a los vientos, o sea, a los sentidos vanos, y al mar, o sea, al flujo de los pensamientos; y ellos le obedecen.

Retírense: la niña no está muerta, sino que duerme. La niña sólo dormía para Jesús, porque sólo El podía resucitarla de la muerte con la misma facilidad con que la podía despertar del sueño.

Observa que hay una doble muerte del alma: la del pecado y la del infierno. La muerte del pecado es una especie de dormir, porque cualquier pecador, mientras viva, puede resucitar del pecado con la misma facilidad con que uno se despierta del sueño.

Así nos exhorta el apóstol Pablo (Ef. 5,14): *Despiértate* mediante el arrepentimiento, *oh tú que duermes* en el pecado; y *resucita de los muertos* mediante la confesión y las buenas obras; y *Cristo te iluminará.*

Cristo dijo *«niña»* y no «vieja». El alma, cuando todavía no está oprimida por una costumbre larga y mala, se amodorra en el pecado como una joven que se adormece, y por esto puede resucitar fácilmente a la vida de la gracia. La niña murió en su casa y allí fue resucitada, no fue llevada fuera de la puerta ni sepultada; así el alma, que muere en la casa de su conciencia y no es arrastrada a las obras malas ni enterrada en los vicios, puede fácilmente volver a la vida.

Y se burlaban de El. Cuando la gracia de Jesucristo inspira a un alma a detestar el pecado y a resucitar, los flautistas, o sea, el deleite exterior de los sentidos, y la gente en agitación, o sea, el alboroto interior de los pensamientos, se burlan. En Job (39,18) se lee: *El avestruz se burla del caballo y de su jinete.* En ello está representado el pesado deleite de la carne, que se burla del caballo, o sea, del espíritu, y también del jinete, o sea, de la gracia, que lo quiere guiar por el camino de la vida, para que después reciba el premio de la gloria eterna.

¿Cómo se burla? Se burla cuando le pone ante los ojos la fragilidad de la naturaleza humana, el rigor de la abstinencia, la aspereza de la penitencia; en fin, le muestra que no podrá perseverar por aquel camino.

Una vez echada fuera la gente, Jesús entró, tomó de la

mano a la niña y le dijo: «Niña, levántate», y la niña se levantó (Mt. 9,25; Lc. 8,54).

Observa la disposición de las palabras: *Una vez echada fuera la turba, Jesús entró.* Esto concuerda con lo que dice Oseas (2,18): *Quitaré de la tierra el arco y la espada y la guerra; y los haré dormir seguros.* En el arco está simbolizado el artero asalto del diablo; en la espada, los alborotados pensamientos del corazón; en la guerra, los petulantes deleites de los sentidos.

El Señor elimina de la tierra a estos enemigos, cuando echa de la casa de la conciencia el tumulto vociferante de los malos instintos y deseos. Una vez echados, El entra llevando la paz: *Y los haré descansar en paz.*

(XXIV domingo después de Pentecostés: II, 436-437)

9. ¡Qué felices los que ven y siguen al Señor!

¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron; oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron (Lc. 10, 23-24).

Ya lo decía Tobías (13,20): *Dichoso seré yo, si queda un resto de mi descendencia para ver el esplendor de Jerusalén,* o sea, a Jesucristo hecho hombre.

Ese *resto de la descendencia de Tobías* fueron los apóstoles, *semilla bendecida por el Señor y brote santo de lo que queda en el tronco,* o sea, en la Iglesia (Is. 61,9; 6,13). Los apóstoles fueron de veras semilla de Tobías por su fe y por su paciencia, y por esto merecieron ver el esplendor de Jerusalén. De ahí, pues, que se diga: *¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven!* Veían al Hombre y lo creían Dios. ¡Felices los ojos de los corazones puros, porque ven a Jesucristo. Se les aplica lo de Job (42,5): *Ahora mis ojos te ven.*

¡Felices los ojos, que no están cegados por el estiércol de las riquezas, ni oscurecidos por la inflamación de las preocupa-

ciones mundanas! Ellos ven al Hijo de Dios envuelto en humildes pañales y recostado en el pesebre; lo ven cuando huye a Egipto y cuando está sentado sobre un burro (en el ingreso a Jerusalén); lo ven desnudo y colgado del patíbulo. Así lo vieron los apóstoles, pero así no lo pueden ver los ojos legañosos, como se lee en el salmo: *Cayó sobre ellos el fuego y ya no ven el sol* (S 57,9). Los ojos legañosos no pueden ver el sol.

El sol es Cristo, quien, para ser visto, se cubrió con una nube. En El mismo que habla en Job (16,16): *Cosí un cilicio sobre mi piel y puse mi cabeza en el polvo. Mi rostro está inflamado por el llanto y mis párpados están entenebrecidos. Esto sufro a pesar de que mis manos no cometieron maldad y justamente mientras dirigía a Dios oraciones puras. Oh tierra, no cubras mi sangre; y que mi grito no encuentre lugar donde esconderse.*

El cilicio y la ceniza simbolizan las asperezas y las miserias de la naturaleza humana. Jesucristo se hizo una túnica con el cilicio de nuestra naturaleza humana, y la cosió con aguja, o sea, con la sutil obra del Espíritu Santo, y con el hilo, o sea, con la fe de la bienaventurada Virgen; con esa túnica se vistió y después esparció sobre ella las cenizas de las humillaciones y de la pobreza. Todo esto no lo pueden ver los ojos legañosos y malditos.

¡Ay de mí! El rostro de Jesucristo se hinchó por las bofetadas y por las lágrimas. Soportó tales sufrimientos sin que sus manos cometieran maldad. Justamente sufrió El que no pecó y en cuya boca no se halló engaño. Fue El quien ofreció a Dios su Padre plegarias puras por los impuros y los impíos. Fue El quien oró por los pecadores, diciendo: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Is. 53,12; Lc. 23,34).

Oh tierra, oh pecador, no cubras mi sangre con el amor de las cosas terrenas. ¡Con mi sangre pagué el precio de tu redención! Te ruego que la dejes fructicar en ti. En tu frente escribí con mi sangre la letra *tau,* para que el ángel, encargado de herir, no hiera (Ez 9,4-5). Te ruego que no la cubras con tierra y no arruines lo que está escrito sobre la frente. Tampoco Pilato lo arruinó y, más bien, lo confirmó: *Lo que escribí, escribí* (Jn. 19,22).

Mi grito no halle en ti lugar donde esconderse. El grito de nuestro Redentor es la sangre de la redención, que, como dice el apóstol Pablo a los Hebreos (12,24), *habla mejor que la sangre de Abel.* La sangre de Abel pedía la muerte del fratricida, mientras la sangre del Señor impetró la vida para los perseguidores. Este clamor halla en nosotros un lugar en el que esconderse, si, lo que la mente cree, la lengua calla. Los ojos legañosos no ven ese cilicio ni esas cenizas; tampoco los sordos oyen ese grito.

Añade el Señor: *Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron; oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron.* En estos profetas que no ven se representan los prelados de la Iglesia y en los reyes los poderosos de esta tierra. Tanto los unos como los otros quieren ver, si, al Señor en el cielo, pero no quieren verlo colgado del patíbulo; quieren reinar con Cristo y gozar con el mundo. Ellos dicen con Balaam: *¡Pueda yo morir de la muerte del justo!1 (Nm. 23,10). Quieren ver la gloria de la divinidad que los apóstoles vieron, pero no quieren sobrellevar la ignominia de la pasión ni la pobreza de Jesucristo, que los apóstoles sobrellevaron (con alegría).*

Por eso no lo verán en compañía de los apóstoles, sino que con los impíos verán a Aquel a quien traspasaron (Jn. 19,37). Tampoco oirán el silbo de dulce brisa: *Vengan, benditos de mi Padre,* sino que oirán el trueno de las palabras: *Vayan, malditos, al fuego eterno* (Mt. 25,34 y 41).

De este trueno habla Job: *El trueno de su poder, ¿quién puede comprenderlo?* Más adelante, el mismo Señor habla a Job: *Desde que vives, ¿mandaste a la mañana y asignaste su lugar a la aurora, para que, sacudiéndolos, aferre los bordes de la tierra, cuando eligió en el mundo lo que es débil y está enfermo, para confundir a los fuertes* (I Co. 1,27).

Observa estas dos palabras: «aferra» y «sacude». El padre aferra con una mano al hijo y con la otra lo sacude y golpea. Lo aferra, para que no corra hacia el precipicio; lo golpea, para que no sea atrevido ni insolente. Otro tanto hace el Señor; con la mano de la misericordia retiene al justo, para que no corra hacia el pecado; con la otra lo golpea, para que no se

vuelva insolente por los dones que el Padre le dio. Lo ponderaba san Pablo en la carta a los corintios (2 Co. 12,7): *Para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase excesivamente, se me puso una espina en mi carne, y se me envió un mensajero de Satanás, encargado de abofetearme.*

Alejaste de la tierra a los impíos. En el día del juicio, el Señor arrojará al infierno a los impíos, después de haberlos sacudido de nuestra tierra, en la que pecaron: como se sacude el polvo de una bolsa. Más aún, será la misma tierra, la que, no pudiendo soportar el peso de los pecados, arrojará a los impíos al infierno. Allí habrá llanto para los ojos que siguieron las vanidades, y rechinar de dientes para los que saquearon los bienes de los pobres (Mt. 8,12). Los ojos de aquellos impíos no verán a Jesús en el cielo, sino a la multitud de los demonios en el infierno. Los tales tampoco oirán las melodías de los ángeles, sino el estridor de los dientes.

Las reflexiones anteriores concuerdan con la antífona del introito de la Misa de este domingo: *Oh Dios, Protector nuestro, mira y pon los ojos en el rostro de tu ungido, Cristo. Para mí es mejor un día en tus atrios que mil en otras partes* (S. 83,10-11).

¡Felices los ojos que, a través de la amargura del corazón, verán el rostro de Jesucristo, hinchado por las bofetadas y el llanto, y ensuciado por los esputos!; pero tan atrayente que los ángeles desean mirarlo; y un día lo verán glorioso en los atrios de la Jerusalén celestial. De ese rostro dice Job (33,26): *Verán su rostro con júbilo.* Es como si dijera: si aquí en la tierra el hombre, sufriendo, viere el rostro de Jesucristo como lo tuvo en la pasión, después lo verá, con júbilo de la mente, como lo luce en la bienaventuranza eterna. Ese júbilo será inefable.

El esplendor de aquel rostro es un día solar ininterrumpido que ilumina la ciudad de Jerusalén. Esa luz supera cualquier otra; y, para merecer llegar a ella, supliquemos al Padre: *Oh Protector nuestro, mira y pon los ojos en el rostro de tu Cristo.* La protección de Dios se la cree menos necesaria, si uno la tiene siempre; alguna vez nos es quitada para nuestro provecho, para que comprendamos que sin ella el hombre es nada.

Oh Padre celestial, no mires nuestros pecados, sino mira el

rostro de tu Cristo, que fue ensuciado por los esputos de nuestros pecados e hinchado por las bofetadas y el llanto, para reconciliarnos contigo a nosotros, pecadores. Jesús te muestra su rostro desfigurado por las bofetadas, para que nos perdones. Mira ese rostro, para que seas misericordioso con nosotros, que fuimos de su pasión.

(XIII domingo después de Pentecostés: II, 156-159)

10. Vive en la humildad

Cuando te invitan a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que también otro más distinguido que tú esté convidado; y venga el que te invitó a ti y a él, a decirte: «Cédele el lugar»; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar» (Lc. 14,8-9).

He aquí el comentario de la Glosa: «Si, gracias a la fe y a la invitación del predicador, llegas a unirte a los miembros de la Iglesia (o sea, llegas a ser cristiano creyente), no te glories de tus méritos ni te ensalces por encima de los demás».

Observa que Jesús, al hablar del «primer lugar», se refiere a la soberbia; y, al hablar del «último lugar», se refiere a la humildad.

Es señal de gran soberbia querer sobresalir, en razón de la dignidad y del cargo, en un banquete de bodas, o sea, en la Iglesia de Jesús. Dice el Señor: *Los escribas y fariseos aman los primeros asientos en los convites y las primeras sillas en las sinagogas* (Mt. 23,9). ¡Y de esa manera no ocuparán ni los primeros ni los segundos asientos!

¡Oh infeliz ambición, que no sabes aspirar a cosas de veras grandes! Afirma san Bernardo: «El explorador solícito merodea, usando manos y pies, para ver si de algún modo pueda insertarse en el patrimonio del Crucificado; ¡y no sabe el pobre que es el precio de sangre!

Dice Dios en el Génesis: *No comerán carne que contiene sangre»* (Gn. 9,4). Come carne con sangre el que vive carnal-

mente, derrochando con sus abusos el patrimonio del Crucificado. Y, por eso, *esa persona será eliminada del pueblo de Dios* (Ex. 12,15).

No te pongas, pues, en el primer lugar, porque dice el Señor en el profeta Amós (6,8): *Detesto la soberbia de Jacob y aborrezco sus palacios;* y también: *Hacen sacrificios a los ídolos en las alturas* (3 R. 3,2). En cambio, nuestro Señor fue concebido en un lugar humilde, en Nazaret, pero fue crucificado en el lugar más alto de Jerusalén.

Dice san Gregorio: «De ningún modo puede aprender la humildad en un lugar elevado, aquel que no deja de ensoberbecerse, aunque esté colocado en los lugares más bajos». ¡Oh tú que aspiras a los cargos más elevados! Con ello te procuras la ruina del alma, la disipación de tu fama y el peligro para el cuerpo. Cuanto más alta es la posición, más ruinosa es la caída. Exponerse a tantos peligros es señal de suma necedad. No te pongas, pues, en el primer lugar, para que no tengas con vergüenza el último lugar en el infierno.

Todo esto concuerda con el primer libro de los Macabeos. Se relata que Alcimo, que *había comprado el primer puesto de los sacerdotes, mandó derribar el muro del patio interior del templo, destruyendo así la obra de los profetas. Empezó a demoler, pero sufrió un ataque de hemiplejia y quedaron suspendidos los trabajos. Perdió el uso de la palabra, y ya no pudo decir nada, ni dar órdenes acerca de su casa. Al poco tiempo murió en medio de grandes sufrimientos* (I.M. 7,21; 9,55-56).

Alcimo se interpreta «fermendo de malos consejos» y simboliza al simoníaco, quien con el incentivo del dinero –¡que mi alma no entre en su conciliábulo, porque es un conciliábulo de impíos!–, corrompe las almas de los que venden palomas. Este no fue llamado por Dios como lo fue Aarón; y, porque quiere ponerse en un sitial elevado de la dignidad eclesiástica, como Alcimo, será atacado de parálisis, morirá en medio de atroces tormentos, sin haberse confesado ni haber hecho testamento; y con vergüenza tendrá el último y más deshonroso lugar del infierno, justamente él que aquí en la tierra quería parecer primero y glorioso.

Hermano, colócate en el último lugar, para que merezcas oír: *Amigo, sube más arriba* (Lc. 14,10).

Dice el filósofo Séneca: «Redúcete a las cosas pequeñas, para no caer»; y Salomón en los Proverbios (17,18): *El que levanta demasiado su casa, busca la ruina;* y observa el apóstol: *Abraham con Isaac habitó en chozas* (Hb. 11,9). *Siéntate,* pues, *en el último lugar.*

¿Qué es el último lugar? El último lugar es el pensamiento de la muerte. El que se tiende sobre él, no aspira más a recostarse en el primer lugar. Afirma san Jerónimo: «El que siempre piensa que va a morir, fácilmente menosprecia las cosas terrenales».

Oh hermano, coloca tu asiento en el último lugar; y allí recuéstate, *mirando y saludando de lejos a la celestial Jerusalén, cuyo artífice y fundador es Dios; y proclama que eres peregrino y huésped en la tierra* (Hb. 11,3; 10 y 13). Colócate, pues, en el último lugar, sin preferirte a nadie, y juzgándote más indigno que los demás. Entonces oirás: *Amigo, sube más arriba.* El que te pospone por tu presunción, te acepta como amigo por tu humildad.

Se dice que el amigo es el custodio del alma y que la humildad a su vez es la custodia de las virtudes. El que posee la humildad, cuida mucho su alma, para que no le huya; nada hay más fugaz que el alma. Exhorta el libro de los Proverbios (4,23): *Con gran solicitud vigila sobre tu corazón.* ¿Quieres ser amigo de Dios? Vigila sobre tu corazón, o sea, sobre tu alma, porque si huyes (o sea, si sufre merma), entrará en su lugar la animalidad (o sea, la instintividad).

Se narra en la Biblia: *Uno de los profetas gritó al rey: tu siervo estaba en el corazón de la batalla, cuando uno abandonó las filas, me trajo a un hombre y me dijo: «Custodia este hombre. Si se te escapa, responderás con tu vida, o pagarás un talento de plata». Mientras tu siervo estaba ocupado y se movía de una parte a otra, el prisionero se escapó. El rey de Israel le dijo: «Tú mismo has pronunciado tu sentencia».* (3 R. 20,39-40).

Todos nosotros que hemos abrazado la vida religiosa, hemos salido en batalla para luchar contra los espíritus del mal.